

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS



TELEGRAFOS NACIONALES

RADIO-MEX. SERVICIO RADIOTELEGRAFICO A TODO EL MUNDO; COMUNICACION PERMANENTE CON ESTADOS UNIDOS, EUROPA, CENTRO Y SUD-AMERICA.



239 Merida, yuc 17 Oct de 1949 nm hp xfin
29w9.30 Urgente pd.d. 18.45 r 1915hs

Fernando torrealblanca
Calle Guedalajara # 104
Mexdf.

Urgente

URGENTE

SUPPLICOLE ATENTAMENTE DISCULPARME NO PODER ESTAR PRESENTE LUCTUOSO ANIVERSARIO NUESTRO INVOLVIDABLE JEFE SR GRAL DON PIU MARCO ELIAS CALLES POR MI AUSENCIA ROGANDOLE PRESENTAR CUMPLIDAS EXCUSAS SU SEÑORA ESPOSA, AFECTUOSAMENTE.

GRAL. Jose M Tapia..

39

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

TELEGRAFOS NACIONALES

RADIO-MEX. SERVICIO RADIOTELEGRAFICO A TODO EL MUNDO; COMUNICACION
PERMANENTE CON ESTADOS UNIDOS, CENTRO Y SUD-AMERICA.

113.-kp. xfin. Nro.113.- 8w 1.80 ord.pd.d.11.30. "WW". 1525hs.

Mérida, Yuc. 19 octubre de 1949

Hortencia Celles de Torreblanca.
Guadalajara #.104.
Méjicol DF.

Acompañote este día con mis mas cariñosos sentimientos.-

Uxa Lamk.

3

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS



TELEGRAFOS NACIONALES



RADIO-MEX. SERVICIO RADIOTELEGRAFICO A TODO EL MUNDO; COMUNICACION PERMANENTE CON ESTADOS UNIDOS, EUROPA, CENTRO Y SUD-AMERICA.

• DTO. QC. 56- NUMERO. 16... 14/-2.40. ORD. PD. 7N.

CUERNAVACA, MOR., 19 OCT. D. 12.-

SRA. HORTENSIA ELIAS CALLES DE TORREBLANCA

• QUINTA CALLE DE GUADALAJARA NUM. 104 UNO CERO CUATRO.

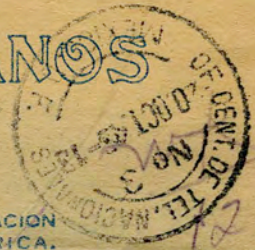
-• COL. ROMA.- MEXICO, D. F.-

RECORDANDO ESTE DIA INOLVIDABLE JEFE Y AMIGO ACOMPAÑOLOS CON SINCERA Y PROFUNDA GRATITUD.-

GENERAL JOSE ALVAREZ.-.....

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

TELEGRAFOS NACIONALES



RADIO-MEX. SERVICIO RADIOTELEGRAFICO A TODO EL MUNDO; COMUNICACION PERMANENTE CON ESTADOS UNIDOS, EUROPA, CENTRO Y SUD-AMERICA.

OTO Q-66• NR 17••14/2•40 ORD PD GL

QUERETARO QRO OCT 20• D 11•20

FERNANDO TORREBLANCA••

GUADALAJARA NUM 104 UNO CERO CUATRO•

MEXICO DF••

HE ACOMPAÑANDO EN PENSAMIENTO Y CON TODO CARIÑO A
USTEDES EL DIA DE AYER••

ALEXANDER HOLSTE•••••

3

Noviembre 16 de 1949.

Sr. Plutarco Elías Calles.
París Núm. 14.
Monterrey, N. L.

Muy estimado Aco:

Adjunto te envío recorte del periódico Nove-
dades, de fecha 21 de octubre último, en que aparece, ín-
tegro, el discurso que escribió el Lic. Antonio Médez Bo-
lio en homenaje a tu papá, con motivo del aniversario de
su fallecimiento, y que fué leído en la ceremonia.

Te lo remito para que a tu vez lo leas con -
detenimiento y aprecies los conceptos expuestos en él, y
lo conserves, si así es tu deseo.

También aprovecho enviarte varios recortes -
de prensa, que contienen polémica motivada por lo que di-
jo el Ing. Pani en la ceremonia del pasado 17 de julio, -
en homenaje al Gral. Obregón.

Con cariñosos saludos para todos ustedes, --
quedo tu amigo y seguro servidor.

Anexos.

6

Noviembre 16 de 1949.

Sr. Jorge Castellanos.
C/o. Automotriz Regional, S. A.
Ciudad Obregón, Son.

Estimado Castellanos:

Ya que no tuvo usted la oportunidad de venir para asistir a la ceremonia luctuosa de nuestro querido Gral. Calles, le envío recorte del periódico Nove-
dades, de fecha 21 de octubre último, en que aparece, íntegro, el discurso que en homenaje a su memoria es-
cribió nuestro buen amigo el señor Lic. Antonio Médez Bolio, el cual fué leído en dicha ceremonia.

Esperando sean del agrado de usted los con-
ceptos que tuvo para el General nuestro amigo Médez -
Bolio, lo saludamos con toda estimación, y por mi par-
te quedo como siempre su afectísimo amigo.

Anexo.

7

Noviembre 16 de 1949.

Sr. Rodolfo Elías Calles.
Automotriz Regional, S. A.
Ciudad Obregón, Son.

Estimado Rodolfo:

Ya que tampoco en este año tuviste oportunidad de venir a ésta a la ceremonia luctuosa de aniversario de tu papá, te estoy remitiendo con la presente, recorte del periódico Novedades, del 21 de octubre último, en que aparece, íntegro, el texto del discurso que en homenaje a él escribió nuestro buen amigo, el señor Lic. Antonio Médez Bolio, esperando sean de tu agrado los conceptos expuestos.

Con saludos cariñosos de todos nosotros para ustedes, quedo como siempre tu amigo y pariente que te estima.

8

Ciudadano Sr. Presidente de la República, señoras y señores:

Inmerecidamente el grupo de amigos del extinto Sr. Gral. Plutarco Elias Calles, que anualmente nos reunimos con el vivo deseo de reanimar su recuerdo, me ha honrado, designándome en esta vez para exponer en su nombre nuestros sentimientos a quien supiera ser digno Jefe y noble amigo. Soy, entre aquellos a quienes distinguió con su amistad, de los que ocuparan sitios mas modestos en sus afectos; sin embargo, gustoso he aceptado esta distinción, porque siempre será grato venir aquí a recordar favores recibidos, enseñanzas útiles para los que a su lado militamos en la complicada política mexicana, palabras de aliento generosas y estimulantes.

No seré yo quien pretenda hacer ni remotamente el panegírico de la vida pública del prócer; serán sus ideas y el relato de hechos consumados, los que, flotando con olímpica pureza mas alto que las humanas pasiones, coloquen su figura histórica entre los de los ciudadanos ilustres que sirvieron a la Patria con amor y con desinterés; entre los de aquellos que elevados por méritos propios al rango de caudillos, en la noble acepción de la palabra, tuvieron la suficiente grandeza de espíritu para no olvidar, en las alturas del poder, que su misión consistía en mejorar al pueblo mexicano, en todos los órdenes de la vida. Nuestro ánimo, serenamente confiado, espera el momento en que la Historia analice la obra admirable del Sr. Gral. Calles.

Sabemos bien que la Patria no olvida y que es justa en sus altos designios. Hoy, y séame permitido enlazar el recuerdo de una figura incomparable con la del Ciudadano ejemplar cuya tumba rodeamos, vibra con ternura por el solo hecho de haber sido recuperados los restos del Emperador Cuauhtemoc, quien consagró su vida a defenderla y cuyo solo nombre ejemplariza la bravura, el patriotismo sin límites, la superación de sí mismo ante un amargo infortunio, cuya gloria es, y será, la llama que ilumine y dé calor a los hogares mexicanos y que, para poder ensalzarla en toda su grandeza, precisaría recurrir a lo que es inmarcesible de nuestros lares: sus volcanes, sus ríos, la raza nuestra. El premio que personalmente Cuauhtemoc se labrará, lo viene a recibir después de cuatro siglos. Como en aquel nefando entonces en que Cortés hollara las playas de Anáhuac, una inquietud se cierne sobre nuestros horizontes, sin que alcancemos a ver lo que de ella es posible esperar; pero es un hecho que obscurece al mundo y que, de constituirse en realidad, arrastrará al México querido turbando el rumor del trabajo a que se haya consagrado nuestra gran familia. Ante un probable peligro, al igual que en aquellos remotos días, la Patria eligió nuevamente a Cuauhtemoc para confiarse a él; lo rescata de su ignorada tumba y lo devuelve al pueblo mexicano, limpio y puro cual si fuera su propia enseña, para que en horas de prueba nos consagremos fraternalmente en su turno, en completa renunciación de divisiones, rencillas y rencores.

¡ Qué mejor y mas delicada la recompensa al Aguila que cae! - Volver a ser, a pesar del transcurso de cuatrocientos años, el símbolo immaculado de una nacionalidad, recibido con la veneración unánime de todo un pueblo, y qué amable estímulo para los hombres que en esta época supieron igualmente sufrir y dedicar su vida al triunfo de una causa noble.

Ya está cercana la fecha en que habrá de hacerse el balance de lo realizado por el gran drama que hemos convivido y que conocen nuestros anales por la Revolución Constitucionista de 1913; le sobran detractores que añoran los tiempos del oscurantismo, de los latifundios, del Valle Nacional. Poco a poco, sabiendo lo que se proponen, sus cerebros directores, han ido forjando un nuevo orden de vida, que radica en esencia en el mejoramiento y la felicidad de las mayorías como factor decisivo del engrandecimiento de México. De entre los Ciudadanos que en el delicado cargo de Presidente de la República y de conductores de hombres han contribuido con mas eficacia a la cristalización de ese programa, el Sr. Gral. - Calles destaca en prominente lugar; fue Administrador honesto y fue político en la mas constructiva acepción de la palabra; su sinceridad le valió la instintiva simpatía del pueblo; sus promesas, siendo candidato a la Presidencia de la República, las cumplió cuando llegó a este alto puesto. "Mi filosofía es el trabajo, -declaró en alguna ocasión, -mi regla de conducta es la equidad; mis aspiraciones son la igualdad de oportunidades y posibilidades para todo aquel que esté interesado en el progreso y bienestar humanos. Mi programa puede resumirse en la máxima del gran líder socialista JUAREZ: "Haced de la República una organización político-social donde la soberanía del pueblo no sólo sea influyente en el primero de estos órdenes, sino también, y de manera fundamental, en el orden económico."

Bellos conceptos con los cuales podría burilarse su mejor epitafio, porque no se quedarán en el vacío; a los pocos meses de expresados, vieron la luz instituciones que serán imperecederas, porque crean fuentes de trabajo, eternas como la misma tierra que remedia necesidades populares. Así la Comisión de Irrigación, hoy Secretaría de Recursos Hidráulicos, que después de veinticuatro años de continua superación justifica su lema: "Por la grandeza de México"; así la Comisión Nacional de Caminos que ata en amorosa red las diversas regiones del País; que permite descubrir y desenvolver sus naturales recursos; y lo que es aún de mayor trascendencia, nos va uniendo espiritualmente a los unos con los otros, al permitirnos conocernos mejor. Fiel a sus convicciones, el Gral. Calles hizo objeto de su predilección a los campesinos y a los obreros; apresuró las reivindicaciones ejidales; inició el crédito necesario para su atención; multiplicó la enseñanza en el campo y con todo ello, inculcó en la conciencia rural la máxima que es la divisa de la agricultura mexicana: "Explotar a la tierra, no a los hombres". Protegió el sindicalismo y en su tiempo, alcanzaron su apogeo dos grandes centrales: La Confederación Regional Obrera Mexicana y la Confederación General de Trabajadores. En una palabra, después de la destrucción causada por doce años de luchas intestinas, impulsó y fortaleció la era constructiva de la Revolución en lo material y en lo espiritual, y tuvo la satisfacción de ver realizado aquel

su pensamiento: "Dar posibilidades y oportunidades a los hombres de buena voluntad interesados en el progreso y en el bienestar humanos."

Su obra de estadista la completa el político de amplia visión para el futuro. Supo concertar el momento en que se aunaban por una parte el hecho de haber enraizado en el alma de las nuevas generaciones, los principios básicos de la Revolución y, por lo tanto, a salvo de una regresión, con el anhelo nacional, muy explicable, de acabar de una vez con los inevitables trastornos que, cada seis años, al renovarse los poderes federales, sumían al País en la desolación y en el caos. Era un retroceso que venía demorando la paz de que venimos disfrutando desde hace cinco lustros. Para conseguirlo, ideó usar su indiscutible poder político en beneficio de una consciente responsabilidad política y estructurar un partido propio de la Revolución, que inspirado en su doctrina, fuese su mejor guardián y a la vez educara al pueblo paulatinamente en el ejercicio de sus derechos cívicos, consolidando así el desarrollo de sólida democracia. La empresa habría sido insuperable para quien no cargara en sus espaldas un historial plétórico de buena fé y de sinceridad de propósitos, únicos argumentos capaces de convencer a los poderosos intereses políticos locales de los distintos Estados de la República. Así surgió el Partido Nacional Revolucionario, hoy Partido Revolucionario Institucional. Propios y extraños reconocen que desde que éste ha canalizado las lógicas aspiraciones y dominado bastardas ambiciones, el País se ha ahorrado miles de vidas útiles, antes sacrificadas en episodios sangrientos, y ha podido emplear los fondos de su erario en el bienestar general.

Con los innegables defectos de que pudiera adolecer una institución cuyo problema grave es el intrincado de la sucesión presidencial, el Partido de la Revolución ha hecho realidad tangible la tranquilidad en los hogares, en los talleres, en los campos; paz orgánica indispensable a todo progreso. Esta herencia que nos legara el Gral. Calles, ya la apreciamos en toda su integridad y, por sí sola, bastaría para otorgarle el reconocimiento nacional.

La Patria es imperecedera y no olvida; así se deslucen los siglos, a su tiempo premiará una tarea que realizó y a la que se consagró sin regateos durante toda una existencia. El Sr. Gral. Calles sólo lo inquietó el propósito de servirle a ella y a su causa con la austeridad y devoción a que ambas son merecedoras.

Como Cuauhtemoc, guardando la lógica distancia, porque éste casi alcanza la altura de una divinidad, el Gral. Calles, con su recta línea de conducta, con el talento con que trazó derroteros por los cuales caminará la República durante varias generaciones, con aquel su interés innato por los humildes, conservó hasta su muerte, su ideal de labrar también en la inmortalidad, con hacha propia, su propio pedestal.

Por lo demás, nosotros estamos aquí para ofrendarle nuestra amistad; si incidentalmente en estos luctuosos aniversarios tocamos algunos de sus afanes y de sus éxitos, es obedeciendo a una espontánea explosión de orgullo. Acudimos aquí, atraídos por los honrosos sentimientos: La gratitud, el respeto y el cariño. Somos adictos a su memoria, debido que a su lado nos formamos. Nos hizo partícipes de responsabilidades y de satisfacciones; nos predicó con su ejemplo por la constancia en la adversidad y en todo momento; la lealtad a la Revolución popular de 1913, cualesquiera que fuesen las alternativas de la vida; le somos constantes porque si cada uno de los aquí presentes subiera a esta tribuna, seguramente podría referir múltiples ocasiones en las cuales participó de las contingencias e incertidumbres de un período azaroso y encontró siempre los brazos y las puertas abiertas del hogar de nuestro Jefe, para escucharnos con deferencia, alentándonos con sus consejos; con aquella su voz, sonora y pausada, cual si quisiera en nuestro entendimiento ~~para~~ brindarnos su apoyo moral y la sombra de su recia personalidad. Todo ^{el} que se le acercó llevando en su mente una legítima esperanza, la vió realizada en la medida de lo que pudo conceder, y este proceder diáfano e invariable, gana corazones y no se olvida nunca. Es bien difícil en estos tiempos encontrar hombres de una sola pieza!

El Callismo, como bandera y guía políticas, murió cuando nuestro Jefe desapareció del campo de la lucha. Cada uno de nosotros se incorporó a la vida privada, sin dobleces, sin resentimientos de amor propio lastimado. Volvimos cada quien a sus habituales ocupaciones; sumamos nuestra acción a la de la enorme muchedumbre mexicana que, con el trabajo, aspira a hacer de México una de las Naciones más respetadas del Mundo. Y puedo asegurar sin vanidad que hemos sabido captarnos la amistad y estimación de nuestros conciudadanos. Esa es, a mi juicio, la mejor ofrenda que podemos depositar sobre este sepulcro.

Ya pertenece a otro mundo y nosotros le seguiremos los pasos. Mientras alentemos, año tras año, nos citaremos en este lugar, de presencia o en pensamiento, como si ansiáramos recordar sus cordiales apretones de manos y sentir nuevamente el magnetismo que emana de un hombre superior y, para decirle, conmovidos por su recuerdo, desde lo más íntimo de nuestro ser: AMIGO ENTRAÑABLE Y DIGNO JEFE, DESCANSE USTED EN PAZ.

México, D.F., 19 de Octubre de 1949.

Ing. Bartolomé Vargas Lugo.

Discurso de Mediz Bolio en el homenaje a Calles

Lo llamó el carácter más definitivo en la última época

Dimos noticia ayer de que entre los números más destacados de la conmemoración que se llevó a efecto el día anterior, en homenaje a la memoria del señor general don Plutarco Elías Calles, figuró el discurso del señor licenciado don Antonio Mediz Bolio, que, ausente de México por razones de salud, se sirvió enviarlo desde Mérida, donde actualmente reside.

Con el mayor gusto publicamos en seguida, íntegra, la excelente oración pronunciada con tal motivo por el gran poeta y distinguido intelectual.

Señores:

Más que mis convicciones políticas, más que mi lealtad a la memoria de aquel a quien tuve la honra de llamar mi Jefe, más que mi simple sentimiento cívico de ciudadano de mi Patria, viene aquí mi corazón de hombre a renovar su fe, a exaltar su devoción en el recuerdo de un admirable y generoso amigo.

No vengo a juzgarlo, sino a enaltecerlo. No vengo a defenderlo de sus enemigos, sino a ofrecerle otra vez mi limpia amistad, y a darle de nuevo las gracias, por haber querido concederme el don inestimable de la suya.

No hay que olvidar que el general Plutarco Elías Calles fué inicialmente un maestro. Y continuó siendo toda su vida el maestro. Un maestro de energía, de acción, de fidelidad a la conciencia, de valor en las luchas y de serenidad en la victoria, de sacrificio por el ideal, y de inquebrantable amor a las cosas superiores: a la verdad, a la justicia, a la libertad, a la Patria, a la humanidad. Para quienes pudieron estar cerca de su claridad y de su fuerza fué un guía seguro, un ejemplo vivo, un pensamiento firme y un corazón leal.

Entre los hombres que durante los últimos treinta años han sido en México conductores de hombres, el general Calles es, tal vez, el carácter más definido y más resistente. Fuerte por naturaleza física y espiritual, iba, incansable y recto, por su propio camino. Su trayectoria en la Revolución y en el Gobierno dejó en la vida de nuestro país una huella precisa y profunda, que no se borra todavía y que no ha de borrarse en mucho tiempo. Su presencia en la historia mexicana irá señalándose cada día con perfiles más agudos y con más serena prestancia. El obedeció a su destino, que reservó a su acción uno de los períodos más difíciles y más críticos de nuestra evolución política y social, y cumplió íntegramente, a veces implacablemente, con su deber.

El ingenio vivaz y paradójico de don Francisco Bulnes dijo en una ocasión esta impresionante sentencia: "Todos los mexicanos sabemos cumplir con nuestro deber. Pero no sabemos cuál es ese deber. El general Calles supo siempre cuál era el suyo. No lo discutió con sus pasiones, ni con sus ambiciones, ni con sus conveniencias. Se entregó a él con toda la fe suprema de quien sabe que no se pertenece a sí mismo, sino al ejercicio de una misión ineludible que se ama y se comprende, no con el deslumbramiento de ilusión sino con íntima certeza de su gravedad y de su alcance.

Su figura recia, masculina, dominadora, camina por el tiempo con pasos seguros y firmes, cuyo eco resuena todavía en los horizontes mexicanos. Cuando el camino se cierra, él sabe abrirlo. Cuando un alud se derrumba sobre él, su brazo lo detiene. Cuando un obstáculo se le interpone, lo salta. Cuando un peligro lo desafía, se encara con él y lo vence. Y él sabe a dónde va y a qué alto propósito sirve, y cuál es la fe de su conciencia y cuál iluminado amor tiene en el alma.

Cuando habla, sus palabras salen acuñadas, como medallas de un troquel. No dice más de lo que le es preciso decir, y muchas veces dice menos de lo que se quisiera escuchar de su boca. Como todos los hombres de su temple, prefiere la acción a la palabra y se expresa con hechos más que con frases, y siempre procura apoyar lo que ha dicho en lo que ejecuta. Nada más lejos de un demagogo, nada más opuesto a un simulador, nada más contrario a un iluso.

En la vida pública de Calles hay momentos en que ésta su alta calidad humana decide su destino y con él el destino de México.

No es por cierto en su carrera de soldado en donde hay que encontrar las grandes determinaciones ni las actitudes trascendentales. Fué un valeroso combatiente y un jefe extraordinario, que, desde los primeros días en que audaz "cabecilla" de "alzados", llevó a pelear partidas de campesinos bisoños, hasta que, prestigioso general comandó tropas numerosas y brillantes, ejerció su indiscutible facultad de organizar hombres y de conducirlos.

Debió sus éxitos a su carácter, a su tenacidad, a su convicción y tal vez, a su silencioso poder magnético que lo mismo se impone a un hombre que a una multitud. Estas personales condiciones se manifiestan plenamente, cuando las circunstancias no sólo le permiten, sino le incitan a desarrollar su capacidad en las ardientes y confusas luchas políticas de su tiempo.

El general Calles era orgánicamente un civil, y en el período militar de la Revolución puede ser cabal ejemplo del "ciudadano armado".

Sus meditaciones juveniles, tras la desnuda mesa de su escuela fronteriza, han de haber sido el inicio de la formación de su concepto radical sobre las injusticias sociales y de la apremiante necesidad de destruir, por la violencia si era preciso, un sistema inadmisibles ya en un pueblo que, a pesar de las leyes que institúan la libertad, vivía en la esclavitud, y, que a pesar de la civilización, sufría un régimen de barbarie. Posiblemente el profesor de Agua Prieta encontró su camino cuando pensó abrirlo, con las armas en la mano, para llegar, con el triunfo, al campo abierto de la política y, luego de luchar y vencer en la política, a establecer y realizar a favor, del poder ejercido en el orden, un programa de profunda y sistemática transformación económica y social. Esto es, promover, defender, organizar, construir la Revolución con afirmaciones definitivas, y echarla a andar sobre el carril de los tiempos, cuando ya todos los mexicanos creyeran con indestructible fe en que la libertad es la respiración de la vida y la justicia el corazón de la libertad, y en que siempre ha de ser más bello y más humano saber vivir por los principios, que saber morir por ellos.

El itinerario de Calles cruza el movimiento de ideas y de acción que inquieta y arrastra a la República, durante cinco lustros, y marca una línea imperturbablemente rígida y un bien dibujado propósito final. Su camino, sin ondulaciones ni curvas, pasa, unas veces suavemente, otras veces ásperamente, por en medio de las perturbaciones públicas y las pérdidas privadas. El va a donde lo llevan su fe y su determinación.

Cuando lo imprevisto, favorable o adverso, se le pone delante, lo

afronta sin que un solo momento su percepción de la ruta se engañe, ni la brújula le tiembla entre las manos.

Así, su vida de incansante acción y de inmensas responsabilidades culmina y vence su poderosa voluntad en pruebas decisivas.

Cuando acaba de tomar la dirección del país, y comienza a desenvolver un noble y valiente programa de racional ajuste de las fuerzas económicas, de organización equitativa y progresista del trabajo, de adecuada apertura de las tierras al cultivo próspero, de reestructuración social a base de justicia efectiva y de bien orientada movilización de las fuentes de riqueza; cuando, a favor de la paz recién consolidada, se iniciaba una época de benéficas realidades en que él, sin duda, soñaba como la mejor justificación de la Revolución armada, Calles se encontró de pronto frente al inesperado y absurdo fenómeno de la insurrección clerical. De las intrigas tenebrosas se pasó a las proclamas subversivas y se llegó a la violencia de los hechos. Infieles pastores de ovejas se convirtieron en cazadores de lobos y profanaron y ensangrentaron el augusto nombre de Cristo. Se alzaron en armas partidas fanatizadas de facciosos. Se pretendió hacer retroceder un siglo la evolución de México.

Todos los espíritus verdaderamente cristianos reprobaron la insana rebelión. Pero se creó un oscuro ambiente de odio y de zozobra y se calumnió y se difamó escandalosamente al Gobierno, con la complicidad de la prosa y de los intereses extranjeros. Una vez más, los elementos retrógrados fueron a buscar fuera del país protección para sus tortuosos designios y pretendieron la intervención de poderes extraños contra las Instituciones nacionales. Excitando el sentimiento religioso, se desató una renéfica campaña, especialmente en los Estados Unidos.

El problema militar no era de importancia; pero en lo social y en lo político, Calles tuvo ante sí una situación extremadamente difícil y, por su carácter, delicada y grave. Y, en cierto modo, peligrosa para el crédito del país y para el prestigio del régimen revolucionario, ya consolidado desde la vigorosa administración obregonista. El Presidente no vaciló. Aplastó la sublevación sin contemplaciones. Impuso inexorablemente el respeto a la Ley y, desafiando todo riesgo, dejó un precedente histórico de la libre fortaleza de la Revolución.

Afortunadamente, este lamentable episodio llena sólo un oscuro momento que sería grato olvidar para siempre, si no fuera por la severa y saludable lección que entraña. Y si lo recordamos aquí es solamente por lo que hay de altura de carácter, de inquebrantable convicción y de humana consistencia en la conducta de Calles, en esos malaventurados días de emboscada y de maldad.

De entonces se propala la leyenda que lo presenta como un personaje sombrío, diabólico y cruel. No todos sabían cuán profundamente sensible era su interna naturaleza y que, si tenía el don personal de la fuerza y la ocasión del poder, los usaba siempre, por duros que fuesen los medios en la persecución de un ideal de bien y de justicia, y que los atributos de su acción fueron siempre la claridad en el propósito y la altura en el cumplimiento del deber. Tuvo, naturalmente errores; se engañó alguna vez en selección del personal utilizable. Pero no era un dios. Era simplemente un hombre.

Otro momento supremo en la vida del general Calles es aquél en que un horrendo crimen del fanatismo le arroja en los brazos el cadáver ensangrentado y glorioso del general Obregón. La República se estremece con el pavor de una inminente catástrofe y todas las tremendas responsabilidades del dramático momento caen, como una montaña, sobre los hombros del Presidente de la República. Las pasiones personales y las ambiciones, contenidas se desatan en una tormenta. El presidente Calles, con dolorosa serenidad, pone su mano firme al timón y domina con grandeza de ánimo y altura de conciencia el desenfreno, que no consigue llevar al caos a la República, y la desorientación que no logra agrietar el régimen. Pero mayor que el rápido y seguro dominio que ejerce sobre las circunstancias, es el que se impone a sí mismo, radicalmente seguro de su deber desde el primer instante.

Es muy difícil que un hombre colocado en su posición, acostumbrado al mando, conocedor de sus fuerzas propias y de las debilidades ajenas, situado por el destino frente a una imprevista y extraordinaria oportunidad para asumir el poder con mano de hierro y asegurarse en él no sólo sin oposición inmediata, sino con el apoyo, o cuando menos con el consentimiento, de la opinión acobardada ante la posible anarquía, hubiera podido resistir, sin dudar un segundo, a la tentación que por todos lados le asediaba, con la Ilsonja egoísta de los cortesanos, con la atribulada ansiedad de sus amigos, con los requerimientos de sus partidarios y aun con la exaltada solicitud de los elementos conservadores y capitalistas que preferían todo —aun al mismo Calles!—, a la perturbación del orden y al riesgo de sus intereses. La tentación parecía invencible y cuando no se vestía con las tocas enlutadas de la Patria en peligro, se disfrazaba con el austero ropaje del deber.

Cerca del señor general Calles y disfrutando de su generosa confianza, yo tuve el privilegio de ser humilde y emocionado testigo de su fortaleza inmovible y de la superioridad de su espíritu en esos días memorables. Conoció la diáfana dirección de su pensamiento y lo vi levantarse muy por encima de lo que los mexicanos podíamos esperar de un simple político, por genial que fuese, y de un afortunado conductor de multitudes, por idealista y honrado que se manifestase. No es del caso repetir lo que todo el mundo sabe y recuerda, ni lo que corresponde relatar y comentar a los biógrafos del hombre extraordinario a quien recordamos hoy. Sólo cabría anotar que ante el tumultuoso desconcierto y la intrínseca gravedad de aquella hora terrible, el general Calles no pensó en su oportunidad, sino en la oportunidad de la patria. Se sobrepuso a todo y a todos —en primer lugar a sí mismo— y de la conmoción nacional, que sacudió a la República, hizo surgir un nuevo camino y una nueva luz. El país sintió que no estaba abandonado y la Revolución sintió que no había quedado huérfana.

De la dolorosa confusión y de la dispersa incertidumbre que produce la desaparición del Presidente

electo —que además de serlo, era por sí mismo una figura gigantesca en el destino de México —el Presidente Calles crea una situación de altura, maciza, meditada y limpia, en que se renuevan y se purifican las fuerzas del país. Su memorable y trascendental mensaje del primero de septiembre de 1928, según el cual entrega el poder a un régimen institucional puro, y que subraya y garantiza con su propia conducta, es un testimonio innegable de su calidad de hombre superior, y de su iluminada visión del porvenir. Sus palabras de entonces están teniendo venturosa realidad ahora.

Pero cuando la admirable condición humana del general Calles muestra su temple, endureciéndose como buen acero en la fragua de la adversidad, es cuando el destino lo desplaza de su sitio de vigilancia y de influencia en la marcha política de la Revolución. Cualquiera que haya sido su íntima reacción en el momento, él se hace íntegramente dueño de sí mismo. Comprende la urgencia de la hora. Sabe que la Revolución ha volado ya muy alto, con las alas que él mismo le prendió en los hombros. Y en el suave y melancólico crepúsculo de los grandes hombres que conocen la medida de su tiempo, contempla apaciblemente el paso de nuevas ideas y de nuevos hombres, con ejemplar tolerancia para juzgar las ajenas debilidades y las apasionadas injusticias, y a la vez, rigidamente intolerante para consigo mismo y para su formidable obra.

Entonces Calles vive en plena conciencia de su verdad interior y de su misión en la tierra, y pasa sus últimos años en la paz de su retiro familiar, desbordando las ternuras de su corazón en los renuevos de su sangre, en la amistad de sus amigos y en el amor de sus semejantes, y buscando en las claras regiones del espíritu el sosiego del pensamiento y el goce de la contemplación de la belleza y la sabiduría del mundo, de que hasta entonces, le había apartado su combatiente y combatida existencia. Cuando, por fin, la muerte —una muerte tranquila, a la que él sonríe con la entera del que sabe que ha cumplido su deber en la tierra —la desata de las cadenas corporales, los más altos homenajes de la nación, debidos a su rango de soldado y de patriota, y una impresionante muchedumbre de pueblo, lo acompañan al lugar del infinito reposo en que los hombres como él transponen el horizonte de la muerte y siguen viviendo y enseñando en la posteridad. No así, ciertamente mueren los tiranos, ni los déspotas, ni los malvados, ni los farsantes. Así mueren los buenos ciudadanos y los hombres de bien.

Descanse en paz en el seno de la tierra que amó y honró como a una madre inmortal, el ilustre jefe, el patriota sin tacha, el amigo sin reproche, el patriarca de su hogar, y el gran hijo de México.

ANTONIO MEDIZ BOLIO.
Ochil, Octubre de 1949

Discurso de Mediz Bolio en el homenaje a Calles

Lo llamó el carácter más definitivo en la última época

Dimos noticia ayer de que entre los números más destacados de conmemoración que se llevó a efecto el día anterior, en homenaje a la memoria del señor general don Plutarco Elías Calles, figuró el discurso del señor licenciado don Antonio Médiz Bolio, que, ausente de México por razones de salud, se sirvió enviarlo desde Mérida, donde actualmente reside.

Con el mayor gusto publicamos en seguida, íntegra, la excelente oración pronunciada con tal motivo por el gran poeta y distinguido intelectual.

Señores:

Más que mis convicciones políticas, más que mi lealtad a la memoria de aquel a quien tuve la honra de llamar mi Jefe, más que mi simple sentimiento cívico de ciudadano de mi Patria, viene aquí mi corazón de hombre a renovar su fe, a exaltar su devoción en el recuerdo de un admirable y generoso amigo.

No vengo a juzgarlo, sino a enaltecerlo. No vengo a defenderlo de sus enemigos, sino a ofrecerle otra vez mi limpia amistad, y a darle de nuevo las gracias, por haber querido concederme el don inestimable de la suya.

No hay que olvidar que el general Plutarco Elías Calles fue inicialmente un maestro. Y continuó siendo toda su vida el maestro. Un maestro de energía, de acción, de fidelidad a la conciencia, de valor en las luchas y de serenidad en la victoria, de sacrificio por el ideal, y de inquebrantable amor a las cosas superiores: a la verdad, a la justicia, a la libertad, a la Patria, a la humanidad. Para quienes pudieron estar cerca de su claridad y de su fuerza fué un guía seguro, un ejemplo vivo, un pensamiento firme y un corazón leal.

Entre los hombres que durante los últimos treinta años han sido en México conductores de hombres, el general Calles es, tal vez, el carácter más definido y más resistente. Fuerte por naturaleza física y espiritual, iba, incansable y recto, por su propio camino. Su trayectoria en la Revolución y en el Gobierno dejó en la vida de nuestro país una huella precisa y profunda, que no se borra todavía y que no ha de borrarse en mucho tiempo. Su presencia en la historia mexicana irá señalándose cada día con perfiles más agudos y con más serena prestancia. El obedeció a su destino, que reservó a su acción uno de los períodos más difíciles y más críticos de nuestra evolución política y social, y cumplió íntegramente, a veces implacablemente, con su deber.

El ingenio vivaz y paradójico de don Francisco Bulnes dijo en una ocasión esta impresionante sentencia: "Todos los mexicanos sabemos cumplir con nuestro deber. Pero no sabemos cuál es ese deber. El general Calles supo siempre cuál era el suyo. No lo discutió con sus pasiones, ni con sus ambiciones, ni con sus conveniencias. Se entregó a él con toda la fe suprema de quien sabe que no se pertenece a sí mismo; sino al ejercicio de una misión ineludible que se ama y se comprende, no con el deslumbramiento de ilusión, sino con íntima certeza de su gravedad y de su alcance.

Su figura recia, masculina, dominadora, camina por el tiempo con pasos seguros y firmes, cuyo eco resuena todavía en los horizontes mexicanos. Cuando el camino se cierra, él sabe abrirlo. Cuando un alud se derrumba sobre él, su brazo lo detiene. Cuando un obstáculo se le interpone, lo salta. Cuando un peligro lo desafia, se encara con él y lo vence. Y él sabe a dónde va y a qué alto propósito sirve, y cuál es la fe de su conciencia y cuál iluminado amor tiene en el alma.

Cuando habla, sus palabras salen acuñadas, como medallas de un troquel. No dice más de lo que le es preciso decir, y muchas veces dice menos de lo que se quisiera escuchar de su boca. Como todos los hombres de su temple, prefiere la acción a la palabra y se expresa con hechos más que con frases, y siempre procura apoyar lo que ha dicho en lo que ejecuta. Nada más lejos de un demagogo, nada más opuesto a un simulador, nada más contrario a un iluso.

En la vida pública de Calles hay momentos en que ésta su alta calidad humana decide su destino y con él el destino de México.

No es por cierto en su carrera de soldado en donde hay que encontrar las grandes determinaciones ni las actitudes trascendentales. Fué un valeroso combatiente y un jefe extraordinario, que, desde los primeros días en que audaz "cabecilla" de "alzados", llevó a pelear partidas de campesinos bisoños, hasta que, prestigioso general comandó tropas numerosas y brillantes, ejerció su indiscutible facultad de organizar hombres y de conducirlos.

Debió sus éxitos a su carácter, a su tenacidad, a su convicción y tal vez, a su silencioso poder magnético que lo mismo se impone a un hombre que a una multitud. Estas personales condiciones se manifiestan plenamente, cuando las circunstancias no sólo le permiten, sino le incitan a desarrollar su capacidad en las ardientes y confusas luchas políticas de su tiempo.

El general Calles era orgánicamente un civil, y en el período militar de la Revolución puede ser cabal ejemplo del "ciudadano armado".

Sus meditaciones juveniles, tras la desnuda mesa de su escuela fronteriza, han de haber sido el inicio de la formación de su concepto radical sobre las injusticias sociales y de la apremiante necesidad de destruir, por la violencia si era preciso, un sistema inadmisiblemente ya en un pueblo que, a pesar de las leyes que instituían la libertad, vivía en la esclavitud, y, que a pesar de la civilización, sufría un régimen de barbarie. Posiblemente el profesor de Agua Prieta encontró su camino cuando pensó abrirlo, con las armas en la mano, para llegar, con el triunfo, al campo abierto de la política y, luego a luchar y vencer en la política, a establecer y realizar a favor del poder ejercido en el orden, un programa de profunda y sistemática transformación económica y social. Esto es, promover, defender, organizar, construir la Revolución con afirmaciones definitivas, y echarla a andar sobre el carril de los tiempos, cuando ya todos los mexicanos creyeran con indestructible fe en que la libertad es la respiración de la vida y la justicia el corazón de la libertad, y en que siempre ha de ser más bello y más humano saber vivir por los principios, que saber morir por ellos.

El itinerario de Calles cruza el movimiento de ideas y de acción que inquieta y arrastra a la República, durante cinco lustros, y marca una línea imperturbablemente rígida y un bien dibujado propósito final. Su camino, sin ondulaciones ni curvas, pasa, unas veces suavemente, otras veces ásperamente, por en medio de las perturbaciones públicas y las pérdidas privadas. El va a donde lo llevan su fe y su determinación.

Cuando lo imprevisible, favorable o adverso, se le pone delante, lo afronta sin que un solo momento su percepción de la ruta se engañe, ni la brújula le tiemble entre las manos.

Así, su vida de incesante acción y de inmensas responsabilidades culmina y vence su poderosa voluntad en pruebas decisivas.

Cuando acaba de tomar la dirección del país, y comienza a desenvolver un noble y valiente programa de racional ajuste de las fuerzas económicas, de organización equitativa y progresista del trabajo, de adecuada apertura de las tierras al cultivo próspero, de reestructuración social a base de justicia efectiva y de bien orientada movilización de las fuentes de riqueza; cuando, a favor de la paz recién consolidada, se iniciaba una época de benéficas realidades en que él, sin duda, soñaba como la mejor justificación de la Revolución armada, Calles se encontró de pronto frente al inesperado y absurdo fenómeno de la insurrección clerical. De las intrigas tenebrosas se pasó a las proclamas subversivas y se llegó a la violencia de los hechos. Infieles pastores de ovejas se convirtieron en cazadores de lobos y profanaron y ensangrentaron el augustó nombre de Cristo. Se alzaron en armas partidas fanatizadas de facciosos. Se pretendió hacer retroceder un siglo la evolución de México.

Todos los espíritus verdaderamente cristianos reprobaron la insana rebelión. Pero se creó un oscuro ambiente de odio y de zozobra y se calumnió y se difamó escandalosamente al Gobierno, con la complicidad de la prosa y de los intereses extranjeros. Una vez más, los elementos retrógrados fueron a buscar fuera del país protección para sus tortuosos designios y pretendieron la intervención de poderes extraños contra las Instituciones nacionales. Excitando el sentimiento religioso, se desató una frenética campaña, especialmente en los Estados Unidos.

El problema militar no era de importancia; pero en lo social y en lo político, Calles tuvo ante sí una situación extremadamente difícil y, por su carácter, delicada y grave, y, en cierto modo, peligrosa para el crédito del país y para el prestigio del régimen revolucionario, ya consolidado desde la vigorosa administración obregonista. El Presidente no vaciló. Aplastó la sublevarción sin contemplaciones. Impuso inexorablemente el respeto a la Ley y, desafiando todo riesgo, dejó un precedente histórico de la libre fortaleza de la Revolución.

Afortunadamente, este lamentable episodio llena sólo un oscuro momento que sería grato olvidar para siempre, si no fuera por la severa y saludable lección que entraña. Y si lo recordamos aquí es solamente por lo que hay de altura de carácter, de inquebrantable convicción y de humana consistencia en la conducta de Calles, en esos malaventurados días de emboscada y de maldad.

De entonces se propala la leyenda que lo presenta como un personaje sombrío, diabólico y cruel. No todos sabían cuán profundamente sensible era su interna naturaleza y que, si tenía el don personal de la fuerza y la ocasión del poder, los usaba siempre, por duros que fuesen los medios en la persecución de un ideal de bien y de justicia, y que los atributos de su acción fueron siempre la claridad en el propósito y la altura en el cumplimiento del deber. Tuvo, naturalmente errores; se engañó alguna vez en selección del personal utilizable. Pero no era un dios. Era simplemente un hombre.

Otro momento supremo en la vida del general Calles es aquél en que un horrendo crimen del fanatismo le arroja en los brazos el cadáver ensangrentado y glorioso del general Obregón. La República se estremece con el pavor de una inminente catástrofe y todas las tremendas responsabilidades del dramático momento caen, como una montaña, sobre los hombros del Presidente de la República. Las pasiones personales y las ambiciones contenidas se desatan en una sorda tormenta. El presidente Calles, con dolorosa serenidad, pone su mano firme al timón y domina con grandeza de ánimo y altura de conciencia el desenfreno, que no consigue llevar al caos a la República, y la desorientación que no logra agrietar el régimen. Pero mayor que el rápido y seguro dominio que ejerce sobre las circunstancias, es el que se impone a sí mismo, radicalmente seguro de su deber desde el primer instante.

Es muy difícil que un hombre colocado en su posición, acostumbrado al mando, conocedor de sus fuerzas propias y de las debilidades ajenas, situado por el destino frente a una imprevista y extraordinaria oportunidad para asumir el poder con mano de hierro y asegurarse en él no sólo sin oposición inmediata, sino con el apoyo, o cuando menos con el consentimiento, de la opinión acobardada ante la posible anarquía, hubiera podido resistir, sin dudar un segundo, a la tentación que por todos lados le asediaba, con la lisonja egoísta de los cortesanos, con la atribulada ansiedad de sus amigos, con los requerimientos de sus partidarios y aun con la exaltada solicitud de los elementos conservadores y capitalistas que preferían todo —; aun al mismo Calles!—, a la perturbación del orden y al riesgo de sus intereses. La tentación parecía invencible y cuando no se vestía con las tocas enlutadas de la Patria en peligro, se disfrazaba con el austero ropaje del deber.

Cerca del señor general Calles. Entonces Calles vive en plena y disfrutando de una generosa conciencia de suverdad interior y confianza, yo tuve el privilegio de serde su misión en la tierra, y pasa sus humildes y emocionado testigo de su últimos años en la paz de su retiro fortaleza incommovible y de la su-familiar, desbordando las ternuras perioridad de su espíritu en esosde su corazón en los renuevos de días memorables. Conoció la diáfana su sangre, en la amistad de sus amigos, dirección de su pensamiento y logos y en el amor de sus semejantes, vi levantarse muy por encima dey buscando en las claras regiones lo que los mexicanos podíamos es-del espíritu el sosiego del pensar de un simple político, por gemiento y el goce de la contemplación que fuese, y de un afortunado adoción de la belleza y la sabiduría conductor de multitudes, por idea-del mundo, de que hasta entonces, lista y honrado que se manifestase. le había apartado su combatiente y No es del caso repetir lo que todocombatida existencia. Cuando, por el mundo sabe y recuerda, ni lofin, la muerte —una muerte tranque corresponde relatar y comentarquila, a la que él sonríe con la en a los biógrafos del hombre extra-teresa del que sabe que ha cumplido ordinario a quien recordamos hoy.do su deber en la tierra —la desata Sólo cabría anotar que ante el tu-de las cadenas corporales, los más multuoso desconcierto y la intrinse-altos homenajes de la nación, deca gravedad de aquella hora terribidos a su rango de soldado y de ble, el general Calles no pensó enpatrio, y una impresionante mudi oportunidad, sino en la oportu-chedumbre de pueblo, lo acompañidad de la patria. Se sobreposo añan al lugar del infinito reposo en todo y a todos —en primer lugar aque los hombres como él transponen sí mismo— y de la conmoción na-el horizonte de la muerte y siguen cional, que sacudió a la República,viviendo y enseñando en la poste-hizo surgir un nuevo camino y unidad. No así, ciertamente mueren nueva luz. El país sintió que no es-los tiranos, ni los déspotas, ni los tataba abandonado y la Revoluciónmalvados, ni los farsantes. Así mue-sintió que no había quedado huérren los buenos ciudadanos y los hombres de bien.

De la dolorosa confusión y de la dispersa incertidumbre que produ-tierra que amó y honró como a una ce la desaparición del Presidente madre inmortal, el ilustre jefe, el

electo —que además de serlo, era por sí mismo una figura gigantesca en el destino de México —el Presidente Calles crea una situación de altura, maciza, meditada y limpia, en que se renuevan y se purifican las fuerzas del país. Su memorable y trascendental mensaje del primero de septiembre de 1928, según el cual entrega el poder a un régimen institucional puro, y que subraya y garantiza con su propia conducta, es un testimonio innegable de su calidad de hombre superior, y de su luminada visión del porvenir. Sus palabras de entonces están teniendo venturosa realidad ahora.

Pero cuando la admirable condición humana del general Calles muestra su temple, endureciéndose como buen acero en la fragua de la adversidad, es cuando el destino lo desplaza de su sitio de vigilancia y de influencia en la marcha política de la Revolución. Cualquiera que haya sido su íntima reacción en el momento, él se hace íntegramente dueño de sí mismo. Comprende la urgencia de la hora. Sabe que la Revolución ha volado ya muy alto, con las alas que él mismo le prendió en los hombros. Y en el suave y melancólico crepúsculo de los grandes hombres que conocen la medida de su tiempo, contempla apaciblemente el paso de nuevas ideas y de nuevos hombres, con ejemplar tolerancia para juzgar las ajenas debilidades y las apasionadas injusticias, y a la vez, rigidamente intolerante para consigo mismo y para su formidable obra.

ANTONIO MEDIZ BOLIO.

Ochil, Octubre de 1949

INVITACION

Al cumplirse el cuarto aniversario del fallecimiento del señor general de división don

Plutarco Elías Calles

los amigos y ex colaboradores de dicho ex Presidente, se permiten invitar a todos sus simpatizadores, correligionarios y al pueblo de México, a la ceremonia luctuosa que se ha organizado para mañana, miércoles 19, a las once horas, en el Panteón Civil.

México, D. F., a 18 de octubre de 1949.

Excelsior.

CEREMONIA EN MEMORIA DEL GENERAL CALLES

Se llevó a cabo en un ambiente
de austeridad con asisten-
cia del Presidente 17

En un ambiente de austeridad y ante una concurrencia de más de dos mil personas se desarrolló ayer una solemne ceremonia en memoria del general Plutarco Elías Calles en el cuarto año de su muerte.

Fué organizada por la Dirección de Acción Cívica del Departamento del Distrito Federal y el grupo "Amigos del General Calles", ante el sepulcro que guarda sus despojos en el Panteón Civil.

Eran las once horas cuando el clarín de órdenes anunció la llegada del Primer Magistrado, Lic. Miguel Alemán, a quien acompañaban los señores Adolfo Ruiz Cortines, Secretario de Gobernación; Nazario Ortiz Garza, Secretario de Agricultura y Ganadería; Lic. Fernando Casas Alemán, Jefe del Departamento del Distrito Federal, y los ge-

Ceremonia en Memoria

(Viene de la Primera Página)

nerales Gilberto R. Limón, Secretario de la Defensa Nacional, y Rafael Avila Camacho, Director del Colegio Militar.

Cuando terminaron los acordes de nuestro himno patrio y se acalló el estampido de los cañones que hicieron la salva, para rendir homenaje al Presidente de la República, se inició el programa.

ADMINISTRADOR HONESTO Y CONSTRUCTIVO

Todo al ingeniero Bartolomé Vargas Lugo, ser el primer orador; después de exponer que hablaba en nombre del grupo de amigos del extinto general Plutarco Elías Calles, que anualmente se reúnen en ese lugar con el vivo deseo de reanimar su recuerdo, dijo:

"No seré yo quien pretenda hacer ni remotamente el panegírico de la vida pública del prócer; serán sus ideas y el relato de hechos consumados, los que, flotando con olímpica pureza más alto que las humanas pasiones, coloque su figura histórica entre las de los ciudadanos ilustres que sirvieron a la patria con amor y con desinterés; entre lay de aquellos que elevados por méritos propios al rango de caudillos en la noble acepción de la palabra, tuvieron la suficiente grandeza de espíritu para no olvidar, en las alturas del poder, que su misión consistía en mejorar al pueblo mexicano en todos los órdenes de la vida. Nuestro ánimo serenamente confiado, espera el momento en que la Historia analice la obra admirable del señor general Calles.

"Sabemos bien que la Patria no olvida y que es justa en sus altos designios. Hoy —y seame permitido enlazar el recuerdo de una figura incomparable, con la del ciudadano ejemplar cuya tumba rodeamos—, vibra con ternura por el solo hecho de haber sido recuperados los restos del Emperador Cuauhtémoc; de quien consagró su vida a defenderla y cuyo solo nombre ejemplariza la bravura, el patriotismo sin límites, la superación de sí mismo ante un amargo infortunio; cuya gloria es y será la llama que ilumine y dé calor a los hogares mexicanos; y que, para ensalzarla en toda su grandeza precisaría recurrir a lo que es inmarcesible de nuestros lares: sus volcanes, sus ríos, la raza nuestra. El premio que personalmente Cuauhtémoc se labrara lo viene recibiendo después de cuatro siglos.

"¿Qué mejor y más delicada la recompensa del Águila que cae; volver a ser, a pesar del transcurso de cuatrocientos años, el símbolo inmaculado de una nacionalidad, recibido con la veneración unánime de todo un pueblo; y que amable estímulo para los hombres que en esta época supieron igualmente sufrir y dedicar su vida a una causa noble"

Más adelante el orador habla de la obra realizada por la Revolución y de la esencia de su programa que radica en el mejoramiento y la felicidad de las mayorías, factor de engrandecimiento de México. Dice que el general Calles fué un administrador honesto y un político constructivo, cumplió sus promesas de candidato, cristalizándolas en hechos cuando fué el director de los destinos del país. Cita como ejemplos a la Comisión Nacional de Irrigación, hoy Secretaría de Recursos Hidráulicos; la Comisión Nacional de Caminos cuyas carreteras han conectado todas las regiones del país. Agrega que tuvo predilección por los obreros y los campesinos, a quienes ayudó ampliamente, pero con nobles fines de mejoramiento para esas clases sociales. Y que pudo realizar su pensamiento: "Dar posibilidades y oportunidades a los hombres de buena voluntad, interesados en el progreso y en el bienestar humanos".

"Su obra de estadista la completó el político de amplia visión para el futuro".

Más adelante dijo, que el general Calles supo encauzar la política del país a través del Partido Nacional Revolucionario, hoy Partido Revolucionario Institucional y que propios y extraños reconocen que desde que se han canalizado las lógicas aspiraciones y dominado bastardas ambiciones, el país se ha ahorrado miles de vidas. Que el Partido de la Revolución, ha hecho realidad tangible en los hogares, en los talleres y en los campos; paz orgánica indispensable a todo progreso.

Terminó diciendo el orador: "La patria es imperecedera y no olvida, así se deslicen los siglos; a su tiempo premiará una tarea que demandó y a la que consagró sin regateos toda una existencia. Al señor general Calles sólo lo inquietó el propósito de servirle a ella y a su causa con la austeridad y devoción a que ambas son merecedoras. "Amigo entrañable y digno jefe, descansen usted en paz".

FUE UN MAESTRO DE ENERGIA

En virtud de que el licenciado Antonio Mediz Bolio, comisionado para hablar en segundo lugar, se encuentra enfermo en Mérida, Yuc., envió su discurso, el cual fué leído por el profesor Francisco Huerta Giorgo. Principió por exaltar la memoria del desaparecido y dijo que había sido un maestro de energía

y que su trayectoria en la Revolución y en el Gobierno, fué siempre serena y firme.

Hace una amplia exposición del jefe del estado, durante su periodo de gobierno y dice que su actuación fué muy valiosa, habiendo sido un gran organizador, que supo encauzar al país por los caminos del progreso.

Tiene esta frase: "el fué a donde lo llevaron su fe y su determinación".

En seguida establece que le tocó enfrentarse a momentos difíciles para la patria y supo dominar la situación, a pesar de aquellos sectores que se enfrentaron a su gobierno. Habla de los momentos que el país atravesó a la muerte del general Obregón. Que en aquellos momentos no faltaron personas que le aconsejaron que siguiera en el poder, pero él, sereno y firme sólo escuchó la voz de su conciencia y supo cumplir con su deber con la patria, entregando un régimen constitucional en 1928.

Ya para terminar dijo: "Sabía que la Revolución había volado muy alto con las alas que él contribuyó a prenderle".

Al terminar la ceremonia, el Presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, depositó su ofrenda floral y montó una guardia ante el sepulcro, acompañado de los señores Adolfo Ruiz Cortines, Nazario Ortiz Garza, licenciado Fernando Casas Alemán, generales Gilberto R. Limón y Teófilo Alvarez Borboa, comandante de la Primera Zona; así como los señores Fernando Torreblanca, Melchor Ortega, licenciado Aaarón Sáenz, ingenieron Luján L. León y señor Luis N. Morones.

La marcha de honor y el himno nacional fueron ejecutados para despedir al Primer Mandatario y se escucharon nuevamente el retumbar de los cañones.

NUMEROSA CONCURRENCIA

Entre los concurrentes se encontraban los familiares del señor general Calles, sus hijos Plutarco, Alfredo, Gustavo, Hortensia de Torreblanca, Ernestina, Artemisa, así como sus nietos. También estaban el ingeniero Francisco Terminel, José Ruben Romero, licenciado Eduardo Vasconcelos, gobernador de Oaxaca, licenciado Hilario Medina, ministro de la Suprema Corte; doctor Bernardo Gastelum, señor Rafael Alvarez y Alvarez, comisiones de todas las direcciones de armas y escuelas militares. Soldados de las Guardias Presidenciales hicieron los honores al Primer Magistrado.

La banda del Estado Mayor tuvo a su cargo los números musicales.

Las ofrendas florales eran incontables y el sepulcro quedó materialmente cubierto con ellas.

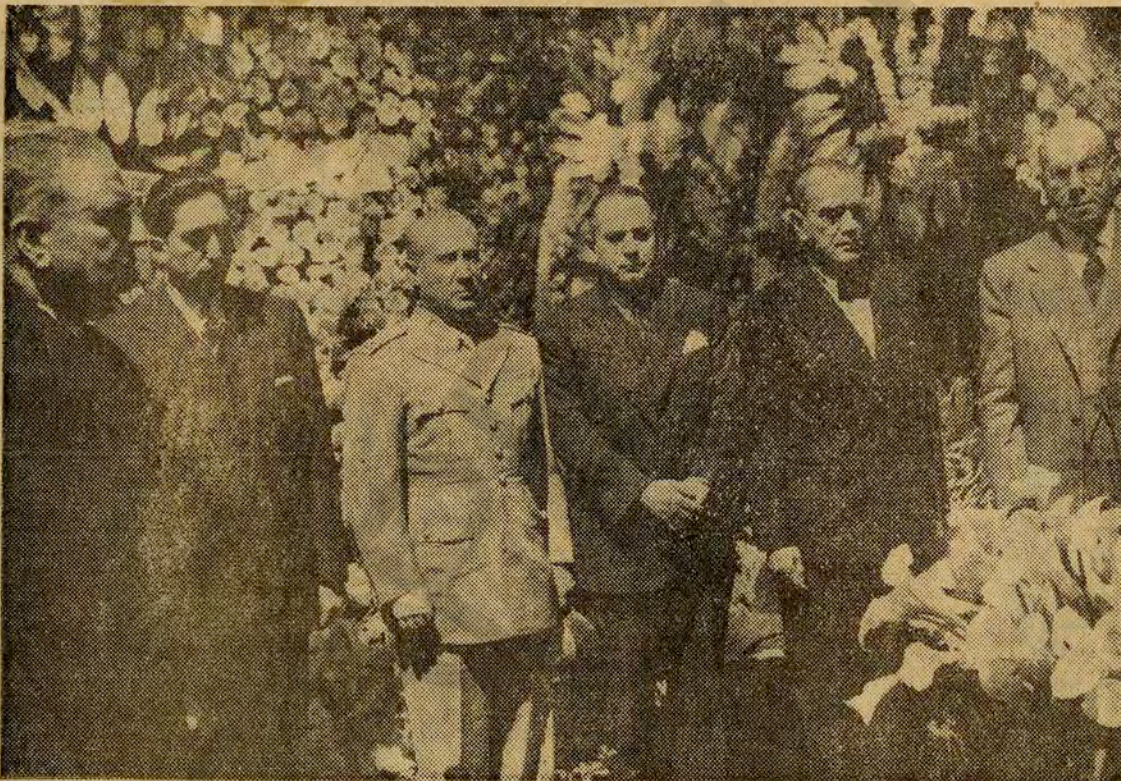
Enaltecióse la memoria del General P. E. Calles

Ante el Presidente Alemán, se
hizo el elogio del estadista

Al transcurso de cuatro años de ocurrido el fallecimiento del ex Presidente de la República, general Plutarco Elías Calles, su figura se agiganta en el panorama nacional. Y así se afirmó ayer, ante su mausoleo y en presencia del señor Presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, que presidió el homenaje luctuoso que le fué tributado.

“Entre los hombres que durante los últimos 30 años han sido en México conductores de hombres, el general Calles es, tal vez, el carácter más definido y más resistente. Fuerte por naturaleza física y espiritual, iba, incansable y recto, por su propio camino. Su trayectoria en la Revolución y en el gobierno dejó en la vida de nuestro país una huella profunda y precisa

SIGUE EN LA PAG. 14, COLUMNA 1



SENTIDO HOMENAJE SE TRIBUTA ayer al ex presidente Calles en el 40. aniversario de su deceso. En la gráfica, el señor Presidente Alemán monta guardia en el mausoleo del mandatario. Le acompañan el ministro de la Suprema Corte (derecha del Primer Magistrado), licenciado Fernando de la Fuente, y los señores general Gilberto R. Limón, secretario de la Defensa; licenciado Fernando Casas Alemán, regente de la ciudad; don Adolfo Ruiz Cortines, secretario de Gobernación, y licenciado Angel Carvajal, gobernador de Veracruz.

Enaltecióse la memoria del General P. E. Calles

VIENE DE LA PAGINA UNO

PALABRAS DE VARGAS LUGO

EL POLITICO

que no se borra todavía y que no ha de borrarse en mucho tiempo". Tal es el concepto que contuvo el discurso del licenciado Antonio Mediz Bolio.

"La patria es imperecedera y no olvida, así se deslicen los siglos; a su tiempo premiará una tarea que demandó y a la que consagró sin regateos toda una existencia. Al señor general Calles sólo lo inquietó el propósito de servirle a ella y a su causa, con la austeridad y devoción a que ambas son merecedoras", dijo, a su vez, el ingeniero Bartolomé Vargas Lugo, otro de los oradores que ayer participó en el homenaje.

EL ACTO

A las 11 horas de ayer, en el panteón civil y ante la tumba del ex presidente Calles se llevó a cabo el anual homenaje que le es tributado por sus admiradores. El Grupo de Amigos del citado ex presidente, y la Dirección General de Acción Social del Departamento del Distrito Federal, fueron los organizadores de la ceremonia de ayer, que presidió el señor Presidente.

A dicha hora, en punto, llegó el Primer Mandatario, a quien se rindieron los honores de ordenanza —Himno Nacional, Marcha de Honor y 21 cañonazos—. Tomó el sitio en la presidencia del acto, y le acompañaron el general Gilberto R. Limón, secretario de la Defensa Nacional; licenciado Fernando Casas Alemán, jefe del Departamento del Distrito Federal; don Adolfo Ruiz Cortines, secretario de Gobernación; señor Nazario S. Ortiz Garza, secretario de Agricultura y Ganadería; licenciado Aarón Sáenz, licenciado Eduardo Vasconcelos, gobernador de Oaxaca; Luis N. Morones, ingeniero Luis L. León y otras personas.

En otros sitios se encontraba la familia del ex presidente, a saber: Artemisa y Ernestina Calles, Hortensia Calles de Torreblanca, Fernando Torreblanca; Plutarco, Alfredo y Gustavo Elias Calles. Ocupaban sitios en la sillería, también, los señores general Héctor F. López, Lauro Villalón, senador Fausto A. Marín, licenciado Fernando de la Fuente, ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, José Rubén Romero, general Antonio Gómez Velasco, general Borja Salinas Leal, general Miguel Z. Martínez, diputado Carlos Real, señor Joaquín Martínez Chavarria, licenciado Francisco Xavier Gaxiola, licenciado Alfonso Cravioto, Melchor Ortega, licenciado Rafael Corrales Ayala, ostentando la representación del gobernador de Guanajuato; licenciado Pablo Quiroga, doctor Julián Garza Tijerina, Antonio Yáñez Salazar, representando al gobierno de Puebla y muchas otras personas.

Abrió el programa la Banda de Policía, que ejecutó una marcha fúnebre. Y fué a la tribuna, en primer lugar, el ingeniero Bartolomé Vargas Lugo, que colaboró en algunos puestos públicos con el extinguido ex presidente. El orador comenzó diciendo que ocupó uno de los más modestos sitios en los afectos del general Calles, pero aceptaba gustoso la distinción conferida por el Grupo de Amigos del mismo ex presidente, de hablar en esta ocasión, "porque siempre será grato venir aquí a recordar favores recibidos, enseñanzas útiles para los que a su lado militamos en la complicada política mexicana, y decir palabras de aliento, generosas y estimulantes".

Consideró el ingeniero Vargas Lugo que no sería él quien pretendiese ni remotamente hacer el panegírico de la vida pública del desaparecido, pues que su ánimo, serenamente confiado, espera el momento en que la historia analice la obra admirable del general Calles.

Añadió el orador que la patria no olvida y, por lo contrario, es justa en sus altos designios, recordando cómo, después de cuatro siglos, aparecen las cenizas de una figura incomparable, como la de Cuauhtémoc, dando esto lugar a que la república entera vibre con ternura; lo cual permite apreciar que más tarde o más temprano, también se hará justicia al ciudadano ejemplar cuya tumba se rodeaba en esos instantes, ya que llegará a la fecha en que habrá de hacerse el balance de lo realizado por el gran drama que ha convivido el país y que los anales conocen con el nombre de Revolución, en cuyo desarrollo y programa, destaca la figura del general Calles, que "fué administrador honesto y político en la más constructiva acepción de la palabra; su sinceridad le valió la instintiva simpatía del pueblo y cumplió sus promesas hechas al pueblo, cuando figuró como candidato a la presidencia de la República.

Recordó el orador que Calles decía que su filosofía era el trabajo; su regla de conducta la equidad, y sus aspiraciones la igualdad de oportunidades y posibilidades para todo aquel que esté interesado en el progreso y bienestar humanos, conceptos que calificó de bellos y con los cuales podría burilarse su mejor epitafio, porque no se quedaron en el vacío, pues a los pocos meses de expresados vieron luz instituciones imperecederas: la Comisión Nacional de Irrigación, ahora secretaria de Recursos Hídricos; la Comisión Nacional de Caminos, etc. Fiel a sus convicciones, Calles hizo objeto de su predilección a campesinos y obreros, apresuró las reivindicaciones ejidales, inició el crédito necesario para su atención, multiplicó la enseñanza en el campo y, con todo ello inculcó en la conciencia rural la máxima que es la divisa de la agricultura mexicana: "Explotar a la tierra, no a los hombres". Protegió al sindicalismo, alcanzando su apoyo los grandes centrales: la CROM y la CGT. De esta manera, impulsó y fortaleció la era constructiva de la Revolución en lo material y en lo espiritual, después de doce años de luchas intestinas.

En seguida el orador se refirió a la obra del político de amplia visión, que aprovechó el enraizamiento de los principios revolucionarios en el alma de las nuevas generaciones con el anhelo nacional de acabar de una vez con los inevitables trastornos que ocurrían en cada ocasión en que se renovaban los poderes federales. Y así surgió el PNR, hoy PRI, que "propios y extraños reconocen ha canalizado las lógicas aspiraciones y dominado bastardas ambiciones, pues el país se ha ahorrado miles de vidas útiles, antes sacrificadas en episodios sangrientos, y ha podido emplear los fondos de su erario en el bienestar general". Agregó que, con todos sus defectos, el partido de la revolución ha hecho realidad tangible la tranquilidad en los hogares, en los talleres, en los campos; paz orgánica indispensable a todo progreso.

Y terminó el ingeniero Vargas Lugo con un período lírico, que le fué aplaudido.

DISCURSO DE MEDIZ BOLIO

Después de la marcha fúnebre de Chopin, que ejecutó la Banda de Policía, se escuchó el discurso del licenciado Antonio Mediz Bolio. Por enfermedad de éste, y también por ausencia (se encuentra en Mérida), leyó dicho discurso el profesor Francisco Huerta Siordia.

Esta pieza oratoria, muy aplaudida, se inicia con expresiones a la amistad que en vida ligaron al poeta yucateco con el ex presidente. Y luego, al entrar en materia, manifiesta el autor que el general Calles fué inicialmente un maestro, y lo continuó siendo durante toda su vida; un maestro de energía, de acción, de fidelidad a la conciencia, de calor en las luchas y de serenidad en la victoria, de sacrificio por el ideal, y de inquebrantable amor a las cosas superiores; a la verdad, a la justicia, a la libertad, a la patria, a la humanidad.

Luego dijo las palabras que transcribimos al principio de esta nota, para añadir, en seguida, que el general Calles, en contra de lo que pensaba de los mexicanos el ingeniero Bulnes, acerca de que todos saben cumplir con su deber pero que no saben cuál es ese deber; el general Calles, dijo, supo siempre cuál era el suyo, y no lo discutió con sus pasiones, ni con sus ambiciones, ni con sus conveniencias, pues se entregó a él con toda la fe suprema de quien sabe que no se pertenece a sí mismo. Su figura recia, masculina, dominadora, camina por el tiempo con pasos seguros y firmes, cuyo eco resuena todavía en los horizontes mexicanos. Cuando el camino se cierra, él sabe abrirlo. Cuando habla, sus palabras salen acuñadas, como medallas de un troquel. No dice más de lo que le es preciso decir, y muchas veces dice menos de lo que se quisiera escuchar de su boca. Como todos los hombres de su temple, prefiere la acción a la palabra y se expresa con hechos más que con frases.

Más adelante, el orador dice que el general Calles debió sus éxitos a su carácter, a su tenacidad, a su convicción y tal vez a un silencioso poder magnético que lo mismo se impone a un hombre que a una multitud. Y va trazando, así, la semblanza del estadista.



EL PROFESOR Francisco Huerta Siordia, leyó el discurso que desde Mérida envió el poeta Antonio Mediz Bolio, quien por esto y por encontrarse enfermo, no asistió al acto.



EL INGENIERO Bartolomé Vargas Lugo, pronunciando su discurso en homenaje al general Calles.

Se refiere el orador, luego, a la rebelión cristera, analizándola de paso, especialmente para destacar la altura de carácter del entonces presidente Calles. Cita también otro momento supremo de su vida: aq ^{ue} en el que se le arroja a los brazos el cadáver ensangrentado del general Obregón, e instantes en que la república se estremece de pavor. "Calles pone su mano firme al timón y domina con grandeza de ánimo y altura de conciencia el desenfreno, que no consigue llevar al caos a la república".

Y ante el canto de las sirenas, el general Calles no pensó en su oportunidad, sino en la de la patria. Se sobrepuso a todo y a todos, haciendo surgir un nuevo camino y una nueva luz, creando una situación maciza, de altura, meditada, en que se renuevan y purifican las fuerzas del país, y lanza su memorable mensaje del 10. de septiembre de 1928, según el cual entrega el poder a un régimen institucional.

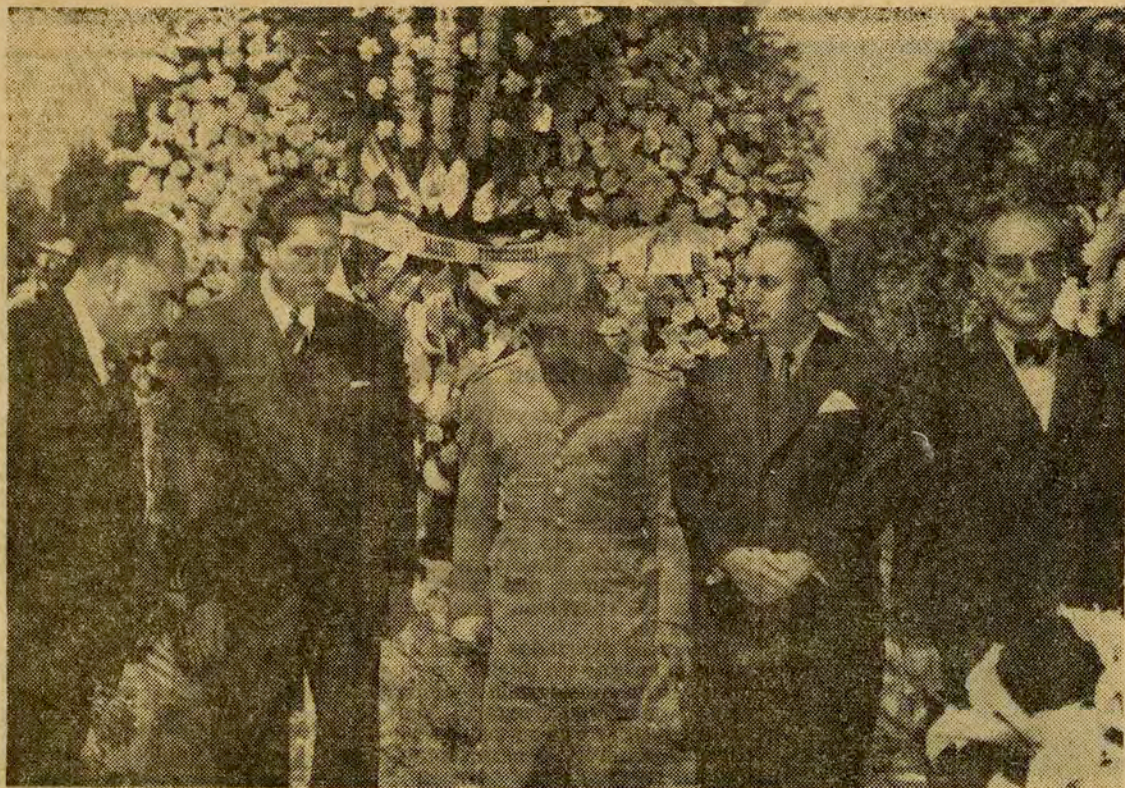
Pero cuando la admirable condición humana del general Calles muestra su temple —dice después—, endureciéndose como buen acero en la fragua de la adversidad, es cuando el destino lo desplaza de su sitio de vigilancia y de influencia en la marcha política de la Revolución. Cualquiera que haya sido su íntima reacción en el momento, él se hace íntegramente dueño de sí mismo. Comprende la urgencia de la hora. Sabe que la Revolución ha volado ya muy alto, con las alas que él mismo prendió en los hombros. Y en el suave y melancólico crepúsculo de los grandes hombres que conocen la medida de su tiempo, contempla apacible el paso de nuevas ideas y de nuevos hombres, con ejemplar tolerancia para juzgar las ajenas debilidades y las apasionadas injusticias, y a la vez, rigidamente intolerante para consigo mismo y para su formidable obra. Entonces Calles vive en plena conciencia de su verdad interior y de su misión en la tierra, y pasa sus últimos años en la paz de su retiro familiar, desbordando las ternuras de su corazón en los renuevos de su sangre, en la amistad de sus amigos y en el amor de sus semejantes, y buscando en las claras regiones del espíritu el sosiego del pensamiento y el goce de la contemplación de la belleza y la sabiduría del mundo, de que hasta entonces le había apartado de su combatiente y combatida existencia.

Quando por fin —concluyó—, "la muerte —una muerte tranquila— le desata de las cadenas corporales, los más altos homenajes de la nación, debidos a su rango de soldado y de patricio y una impresionante y atribulada muchedumbre del pueblo lo acompañan al lugar del infinito reposo en que los hombres como él transponen el horizonte de la muerte y siguen viviendo y enseñando en la posteridad. No así, ciertamente, mueren los tiranos, ni los déspotas, ni los malvados, ni los farisantes. Así mueren los buenos ciudadanos y los hombres de bien. Descanse en paz en el seno de la tierra que amó y honró como a una madre inmortal, el ilustre jefe, el patriota sin tacha, el mismo sin reproche, el patriarca de su hogar y el gran hijo de México". (Aplausos).

GUARDIA

El señor Presidente Alemán y demás funcionarios que mencionamos antes, se pusieron en pie y

El Presidente de la República Presidió la Ceremonia Luctuosa en Honor de Calles



EL SEÑOR PRESIDENTE de la República haciendo guardia frente al mausoleo que guarda los restos del general Plutarco Elías Calles, en la ceremonia efectuada ayer en el Cementerio Civil.

Por HESQUIO A. GUILAR,
reportero de EXCELSIOR.

Cuatro años después de muerto, el general Plutarco Elías Calles, cuya personalidad política y militar ha sido tema de la historia, determinó un hecho que otrora se hubiese calificado de imposible: la reunión, ante su tumba, de conocidos personajes que militaron en bandos antagónicos.

El Presidente de la República, licenciado Miguel Alemán, presidió ayer la severa ceremonia luctuosa que tuvo efecto en el panteón civil de Dolores, con motivo del cuarto aniversario del fallecimiento del ex Presidente de México, Plutarco Elías Calles, "jefe máximo de la Revolución", según lo denominaron en el auge de su poder sus amigos y partidarios, y "hombre fuerte de México", como se le llamó dentro y fuera del país.

Distinguidos callistas que figuraron activamente al lado del visionario sonorenses se contaron entre los asistentes, y alternaron amigablemente con personas que han gozado, respectivamente, de fama de "carrancistas", "cardenistas", etcétera, etcétera.

LA REVOLUCION LIQUIDA "ISMOS"

A las once horas en punto, el Presidente Alemán llegó al panteón civil acompañado de don Adolfo Ruiz Cortines y del licenciado Casas Alemán, encontrando reunidos ya en torno a la tumba del general Calles, a numerosos civiles y militares entre quienes se contaban el general y licenciado Aarón Sáenz, el ingeniero Luis G. León, Melchor Ortega, el líder obrero, Luis N. Morones, don Bartolomé Vargas Lugo, numerosos militares de alta graduación, profesionales y particulares.

Entre los funcionarios del régimen estuvieron el general Gilberto R. Limón, secretario de la Defensa Nacional; don Nazario Ortiz Garza, secretario de Agricultura, y los generales Antonio Sánchez Acevedo, oficial mayor de la Defensa, Teófilo Álvarez Borboa y otros.

Comentario generalizado entre los concurrentes fué la certidumbre de que los hombres de la Revolución han venido liquidando sus "ismos", y que en la ceremonia de ayer cristalizaron los anhelos que encierran un deseo para bien del país: que no haya banderas ni divisiones en el seno de la familia revolucionaria de México.

HABLA EL INGENIERO BARTOLOME VARGAS LUGO

A nombre de los amigos del general Calles habló el ingeniero Bartolomé Vargas Lugo, manifestando que no pretendía hacer "el panegírico de la vida pública del prócer", sino que el relato de hechos consumados se encargaría de colocar su figura histórica "entre los ciudadanos ilustres que sirvieron a la patria con amor y desinterés".

"Ya está cercana la fecha — dijo Vargas Lugo — en que habrá de hacerse el balance de lo realizado por el gran drama que hemos vivido y que conocen nuestros anales por la Revolución constitucionalista de 1913; le sobran detractores que añoran los tiempos del oscurantismo, de los latifundios. Poco a poco sabiendo lo que se proponen, sus cerebros directores, han ido forjando un nuevo orden de vida, que radica, en esencia, en el mejoramiento y la felicidad de las mayorías como factor decisivo del engrandecimiento de México".

Con la representación del poeta yucateco, Antonio Mediz Bolio asistió el profesor Francisco Huerta Gloria, quien leyó el bello discurso que mandara desde su retiro peninsular, el autor de "Manelik".

"No hay que olvidar que el general Calles fué inicialmente un maestro. Y continuó siendo toda su vida un maestro. Escribió Mediz Bolio — Un maestro de energía, de acción, de fidelidad a la conciencia, de valor en las luchas y de serenidad en la victoria".

Se refirió ampliamente a la trayectoria del general Calles como político y jefe de Estado y como simple ciudadano, concluyendo de la manera siguiente:

"Por fin, la muerte — una muerte tranquila — lo desata de las cadenas corporales, los más altos homenajes de la nación, debidos a su rango de soldado y de patriota y una impresionante y atribulada muchedumbre del pueblo lo acompañan al lugar del infinito reposo en que los hombres como él trasponen el horizonte de la muerte y siguen viviendo y enseñando en la posteridad. Así muere y los buenos ciudadanos y los hombres de bien".

21 DE OCTUBRE DE 1949

Discurso de Mediz Bolio en el homenaje a Calles

Lo llamó el carácter más definitivo en la última época

Díjase noticia ayer de que entre los números más destacados de la conmemoración que se llevó a efecto el día anterior, en homenaje a la memoria del señor general don Plutarco Elias Calles, figuró el discurso del señor licenciado don Antonio Mediz Bolio, que, ausente de México por razones de salud, se sirvió enviarlo desde Mérida, donde actual-

mente reside.

Con el mayor gusto publicamos en seguida, íntegra, la excelente oración pronunciada con tal motivo por el gran poeta y distinguido intelectual.

Señores:

Más que mis convicciones políticas, más que mi lealtad a la memoria de aquel a quien tuve la honra de llamar mi Jefe, más que mi simple sentimiento cívico de ciudadano de mi Patria, viene aquí mi corazón de hombre a renovar su fe, a exaltar su devoción en el recuerdo de un admirable y generoso amigo.

No vengo a juzgarlo, sino a enaltecerlo. No vengo a defenderlo de sus enemigos, sino a ofrecerle otra vez mi limpia amistad, y a darle de nuevo las gracias, por haber querido concederme el don inestimable de la suya.

No hay que olvidar que el general Plutarco Elias Calles fue inicialmente un maestro. Y continuó siendo toda su vida el maestro. Un maestro de energía, de acción, de fidelidad a la conciencia, de valor en las luchas y de serenidad en la victoria, de sacrificio por el ideal, y de inquebrantable amor a las cosas superiores: a la verdad, a la justicia, a la libertad, a la Patria, a la humanidad: Para quienes pudieron estar cerca de su claridad y de su fuerza fué un guía seguro, un ejemplo vivo, un pensamiento firme y un corazón leal.

Entre los hombres que durante los últimos treinta años han sido en México conductores de hombres, el general Calles es, tal vez, el carácter más definido y más resistente. Fuerte por naturaleza física y espiritual, iba, incansable y recto, por su propio camino. Su trayectoria en la Revolución y en el Gobierno dejó en la vida de nuestro país una huella precisa y profunda, que no se borra todavía y que no ha de borrarse en mucho tiempo. Su presencia en la historia mexicana irá señalándose cada día con perfiles más agudos y con más serena prestancia. El obedeció a su destino, que reservó a su acción uno de los períodos más difíciles y más críticos de nuestra evolución política y social, y cumplió íntegramente, a veces implacablemente, con su deber.

El ingenio vivaz y paradójico de don Francisco Bulnes dijo en una ocasión esta impresionante sentencia: "Todos los mexicanos sabemos cumplir con nuestro deber. Pero no sabemos cuál es ese deber. El general Calles supo siempre cuál era el suyo. No lo discutió con sus pasiones, ni con sus ambiciones, ni con sus conveniencias. Se entregó a él con toda la fe suprema de quien sabe que no se pertenece a sí mismo, sino al ejercicio de una misión ineludible que se ama y se comprende, no con el deslumbramiento de ilusión, sino con íntima certeza de su gravedad y de su alcance.

Su figura recta, masculina, dominadora, camina por el tiempo con pasos seguros y firmes, cuyo eco resuena todavía en los horizontes mexicanos. Cuando el camino se cierra, él sabe abrirlo. Cuando un alud se derrumba sobre él, su brazo lo detiene. Cuando un obstáculo se le interpone, lo salta. Cuando un peligro lo desafía, se encara con él y lo vence. Y él sabe a dónde va y a qué alto propósito sirve, y cuál es la fe de su conciencia y cuál iluminado amor tiene en el alma.

Cuando habla, sus palabras salen acuñadas, como medallas de un troquel. No dice más de lo que le es preciso decir, y muchas veces dice menos de lo que se quisiera escuchar de su boca. Como todos los hombres de su temple, prefiere la acción a la palabra y se expresa con hechos más que con frases, y siempre procura apoyar lo que ha dicho en lo que ejecuta. Nada más lejos de un demagogo, nada más opuesto a un simulador, nada más contrario a un iluso.

En la vida pública de Calles hay momentos en que ésta su alta calidad humana decide su destino y con él el destino de México.

No es por cierto en su carrera de soldado en donde hay que encontrar las grandes determinaciones ni las actitudes trascendentales. Fué un valeroso combatiente y un jefe extraordinario, que, desde los primeros días en que audaz "cabecilla" de "alzados", llevó a pelear partidas de campesinos bisoños, hasta que, prestigioso general comandó tropas numerosas y brillantes, ejerció su indiscutible facultad de organizar hombres y de conducirlos.

Debió sus éxitos a su carácter, a su tenacidad, a su convicción y tal vez, a su silencioso poder magnético que lo mismo se impone a un hombre que a una multitud. Estas personales condiciones se manifiestan plenamente, cuando las circunstancias no sólo le permiten, sino le incitan a desarrollar su capacidad en las ardientes y confusas luchas políticas de su tiempo.

El general Calles era orgánicamente un civil, y en el período militar de la Revolución puede ser cabal ejemplo del "ciudadano armado".

Sus meditaciones juveniles, tras la desnuda mesa de su escuela fronteriza, han de haber sido el inicio de la formación de su concepto radical sobre las injusticias sociales y de la apremiante necesidad de destruir, por la violencia si era preciso, un sistema inadmisiblemente ya en un pueblo que, a pesar de las leyes que instituan la libertad, vivía en la esclavitud, y, que a pesar de la civilización, sufría un régimen de barbarie. Posiblemente el profesor de Agua Prieta encontró su camino cuando pensó abrirlo, con las armas en la mano, para llegar, con el triunfo, al campo abierto de la política y, luego de luchar y vencer en la política, a establecer y realizar a favor del poder ejercido en el orden, un programa de profunda y sistemática transformación económica y social. Esto es, promover, defender, organizar, construir la Revolución con afirmaciones definitivas, y echarla a andar sobre el carril de los tiempos, cuando ya todos los mexicanos creyeran con indestructible fe en que la libertad es la respiración de la vida y la justicia el corazón de la libertad, y en que siempre ha de ser más bello y más humano saber vivir por los principios, que saber morir por ellos.

El itinerario de Calles cruza el movimiento de ideas y de acción que inquieta y arrastra a la República, durante cinco lustros, y marca una línea imperturbablemente rígida y un bien dibujado propósito final. Su camino, sin ondulaciones ni curvas, pasa, unas veces suavemente, otras veces ásperamente, por en medio de las perturbaciones públicas y las pérdidas privadas. El va a donde lo llevan su fe y su determinación.

Cuando lo imprevisto, favorable o adverso, se le pone delante, lo

afrenta sin que un solo momento su percepción de la ruta se engañe, ni la brújula le tiemble entre las manos.

Así, su vida de incansable acción y de inmensas responsabilidades culmina y vence su poderosa voluntad en pruebas decisivas.

Cuando acaba de tomar la dirección del país, y comienza a desenvolver un noble y valiente programa de racional ajuste de las fuerzas económicas, de organización equitativa y progresista del trabajo, de adecuada apertura de las tierras al cultivo próspero, de reestructuración social a base de justicia efectiva y de bien orientada movilización de las fuentes de riqueza; cuando, a favor de la paz recién consolidada, se iniciaba una época de benéficas realidades en que él, sin duda, soñaba como la mejor justificación de la Revolución armada, Calles se encontró de pronto frente al inesperado y absurdo fenómeno de la insurrección clerical. De las intrigas tenebrosas se pasó a las proclamas subversivas y se llegó a la violencia de los hechos. Infieles pastores de ovejas se convirtieron en cazadores de lobos y profanaron y ensangrentaron el augusto nombre de Cristo. Se alzaron en armas partidas fanatizadas de faciosos. Se pretendió hacer retroceder un siglo la evolución de México.

Todos los espíritus verdaderamente cristianos reprobaron la insana rebelión. Pero se creó un oscuro ambiente de odio y de zozobra y se calumnió y se difamó escandalosamente al Gobierno, con la complicidad de la prosa y de los intereses extranjeros. Una vez más, los elementos retrógrados fueron a buscar fuera del país protección para sus tortuosos designios y pretendieron la intervención de poderes extraños contra las Instituciones nacionales. Excitando el sentimiento religioso, se desató una frenética campaña, especialmente en los Estados Unidos.

El problema militar no era de importancia; pero en lo social y en lo político, Calles tuvo ante sí una situación extremadamente difícil y, por su carácter, delicada y grave, y, en cierto modo, peligrosa para el crédito del país y para el prestigio del régimen revolucionario, ya consolidado desde la vigorosa administración obregonista. El Presidente no vaciló. Aplastó la sublevación sin contemplaciones. Impuso inexorablemente el respeto a la Ley y, desafiando todo riesgo, dejó un precedente histórico de la libre fortaleza de la Revolución.

Afortunadamente, este lamentable episodio llena sólo un oscuro momento que sería grato olvidar para siempre, si no fuera por la severa y saludable lección que entraña. Y si lo recordamos aquí es solamente por lo que hay de altura de carácter, de inquebrantable convicción y de humana consistencia en la conducta de Calles, en esos malaventurados días de emboscada y de maldad.

De entonces se propala la leyenda que lo presenta como un personaje sombrío, diabólico y cruel. No todos sabían cuán profundamente sensible era su interna naturaleza y que, si tenía el don personal de la fuerza y la ocasión del poder, los usaba siempre, por duros que fuesen los medios en la persecución de un ideal de bien y de justicia, y que los atributos de su acción fueron siempre la claridad en el propósito y la altura en el cumplimiento del deber. Tuvo, naturalmente errores; se engañó alguna vez en selección del personal utilizable. Pero no era un dios. Era simplemente un hombre.

Otro momento supremo en la vida del general Calles es aquél en que un horrendo crimen del fanatismo le arroja en los brazos el cadáver ensangrentado y glorioso del general Obregón. La República se estremece con el pavor de una inminente catástrofe y todas las tremendas responsabilidades del dramático momento caen, como una montaña, sobre los hombros del Presidente de la República. Las pasiones personales y las ambiciones contenidas se desatan en una sorda tormenta. El presidente Calles, con dolorosa serenidad, pone su mano firme al timón y domina con grandeza de ánimo y altura de conciencia el desenfreno, que no consigue llevar el caos a la República, y la desorientación que no logra agrietar el régimen. Pero mayor que el rápido y seguro dominio que ejerce sobre las circunstancias, es el que se impone a sí mismo, radicalmente seguro de su deber desde el primer instante.

Es muy difícil que un hombre colocado en su posición, acostumbrado al mando, conocedor de sus fuerzas propias y de las debilidades ajenas, situado por el destino frente a una imprevista y extraordinaria oportunidad para asumir el poder con mano de hierro y asegurarse en él no sólo sin oposición inmediata, sino con el apoyo, o cuando menos con el consentimiento, de la opinión acobardada ante la posible anarquía, hubiera podido resistir, sin dudar un segundo, a la tentación que por todos lados le asediaba, con la lisonja egoísta de los cortesanos, con la atribulada ansiedad de sus amigos, con los requerimientos de sus partidarios y aun con la exaltada solicitud de los elementos conservadores y capitalistas que preferían todo —aun al mismo Calles!—, a la perturbación del orden y al riesgo de sus intereses. La tentación parecía invencible y cuando no se vestía con las tocas enlutadas de la Patria en peligro, se disfrazaba con el austero ropaje del deber.

Cerca del señor general Calles y disfrutando de su generosa confianza, yo tuve el privilegio de ser humilde y emocionado testigo de su fortaleza inmovible y de la superioridad de su espíritu en esos días memorables. Conoció la diáfana dirección de su pensamiento y lo vi levantarse muy por encima de lo que los mexicanos podíamos esperar de un simple político, por genial que fuese, y de un afortunado conductor de multitudes, por idealista y honrado que se manifestase. No es del caso repetir lo que todo el mundo sabe y recuerda, ni lo que corresponde relatar y comentar a los biógrafos del hombre extraordinario a quien recordamos hoy. Sólo cabría anotar que ante el tumultuoso desconcierto y la intrínseca gravedad de aquella hora terrible, el general Calles no pensó en su oportunidad, sino en la oportunidad de la patria. Se sobrepuso a todo y a todos —en primer lugar a sí mismo— y de la conmoción nacional, que sacudió a la República, hizo surgir un nuevo camino y una nueva luz. El país sintió que no estaba abandonado y la Revolución sintió que no había quedado huérfana.

De la dolorosa confusión y de la dispersa incertidumbre que produce la desaparición del Presidente

—que además de serlo, era por sí mismo una figura gigantesca en el destino de México —el Presidente Calles crea una situación de altura, maciza, meditada y limpia, en que se renuevan y se purifican las fuerzas del país. Su memorable y trascendental mensaje del primero de septiembre de 1928, según el cual entrega el poder a un régimen institucional puro, y que subraya y garantiza con su propia conducta, es un testimonio innegable de su calidad de hombre superior, y de su iluminada visión del porvenir. Sus palabras de entonces están teniendo venturosa realidad ahora.

Pero cuando la admirable condición humana del general Calles muestra su temple, endureciéndose como buen acero en la fragua de la adversidad, es cuando el destino lo desplaza de su sitio de vigilancia y de influencia en la marcha política de la Revolución. Cualquiera que haya sido su íntima reacción en el momento, él se hace íntegramente dueño de sí mismo. Comprende la urgencia de la hora. Sabe que la Revolución ha volado ya muy alto, con las alas que él mismo le prendió en los hombros. Y en el suave y melancólico crepúsculo de los grandes hombres que conocen la medida de su tiempo, contempla apaciblemente el paso de nuevas ideas y de nuevos hombres, con ejemplar tolerancia para juzgar las ajenas debilidades y las apasionadas injusticias, y a la vez, rigidamente intolerante para consigo mismo y para su formidable obra.

Entonces Calles vive en plena conciencia de su verdad interior y de su misión en la tierra, y pasa sus últimos años en la paz de su retiro familiar, desbordando las ternuras de su corazón en los renuevos de su sangre, en la amistad de sus amigos y en el amor de sus semejantes, y buscando en las claras regiones del espíritu el sosiego del pensamiento y el goce de la contemplación de la belleza y la sabiduría del mundo, de que hasta entonces, le había apartado su combatiente y combatida existencia. Cuando, por fin, la muerte —una muerte tranquila, a la que él sonríe con la entera del que sabe que ha cumplido su deber en la tierra —la desata de las cadenas corporales, los más altos homenajes de la nación, debidos a su rango de soldado y de patriota, y una impresionante muchedumbre de pueblo, lo acompañan al lugar del infinito reposo en que los hombres como él transponen el horizonte de la muerte y siguen viviendo y enseñando en la posteridad. No así, ciertamente mueren los tiranos, ni los déspotas, ni los malvados, ni los farsantes. Así mueren los buenos ciudadanos y los hombres de bien.

Descanse en paz en el seno de la tierra que amó y honró como a una madre inmortal, el ilustre jefe, el patriota sin tacha, el amigo sin reproche, el patriarca de su hogar, y el gran hijo de México.

ANTONIO MEDIZ BOLIO.
Ochil, Octubre de 1949

Banco Internacional, S. A.

INSTITUCION DE DEPOSITO, AHORRO Y FIDEICOMISO
EDIFICIO GUARDIOLA

APARTADO No. 2337

México, D. F.

27

Para el Gral. Plutarco Elías Calles,

Panteón de Dolores,

(Entregarla entre 11 y 11/30 de la mañana)

*Targetos de aprendes florales
Octubre 19-1949*

SB

FAPECEF

28

Lic. Generoso Chaya Garza

29

Luis Montes de Oca

30

Yng.

Carlos J. Betancourt
Gov. Const. Edo ay
Puebla.

10-19-49.

31

LIC. MANUEL RAMIREZ VAZQUEZ

SECRETARIO DEL TRABAJO Y PREVISION SOCIAL

General de División
Donato Bravo Yzquierdo

Octubre 19 de 1949.

33

MAYOR DE CABALLERIA

GIL GARCIA SANCHEZ

Extinto Sr. Jefe de División
Plutarco Elías Calles.

34

José María Dávila

Gerente del Banco Nacional de Crédito Agrícola, S. A.

RAFAEL TINAJERO
GERENTE

35

Fábrica Mexicana de Algodones Absorbentes, S. A.

MATERIAL PARA CURACIONES
"CHAPULTEPEC"
M. IND. REG.

PRIVADA DE LAGO 64, ESQ. CON
PROLONG. I. LA CATOLICA
GENERAL ANAYA, D. F.

ERIC. 19-80-25
MEX. P-12-76
APDO. 2061

36

NAZARIO S. ORTIZ GARZA
SECRETARIO DE AGRICULTURA Y GANADERIA

37

DR. A. AYALA GONZALEZ

y Iva.

10/19/949.

DR. A. AYALA GONZALEZ

58

Francisca Uda. de Gonzalez
e hijos.

10/19/949.



39

Miguel Alemán

Presidente de los Estados Unidos Mexicanos

FIDEICOMISO ARCHIVOS PLUTARCO ELÍAS CALLES Y FERNANDO TORREBLANCA

**ARCHIVO FERNANDO TORREBLANCA
FONDO PLUTARCO ELÍAS CALLES**

CONSTANCIA DE RETIRO DE FOTOGRAFÍAS

FONDO: 12

SECCIÓN/SERIE/SUBSERIE: 011400

GAVETA:

EXPEDIENTE: 5

LEGAJO: 1

INVENTARIO: 1854

NOMBRE DEL EXPEDIENTE: HOMENAJES 1949

N.º DE FOTOGRAFÍAS: 2 (1 copia)

FORMATO: Marco de 7 x 9"
Foto de 5 x 7"

LUGAR: México, D.F.

FECHA: Octubre 19, 1949

FOTÓGRAFO: Domínguez

FOTOTECA:

CAJA CARPETA: 1/5

NÚMERO DE IMÁGEN: 00047

DESCRIPCIÓN: Funcionarios de gobierno y familiares en la ceremonia oficial, al conmemorarse el 4º aniversario del fallecimiento del General Plutarco Elías Calles, en el Panteón Civil de Dolores, el 19 de octubre de 1949.

DOMINGUEZ
FOTOGRAFIA
CALLE DE ALVARADO 6, TEL. 35-68-23
SEP. 30 MEXICO, D.F.





FUENTE DE ALVARADO, TEL. 20-63-23
MEXICO - D. F.